



PROFESIÓN DE FE

HOMILÍA LEÍDA EN LA PRESENTACIÓN DEL LIBRO

POQUITO PORQUE ES BENDITO¹

Tarik Torres Mojica

Académico del Departamento de Arte y Cultura,
Universidad de Guanajuato
tarik.torres.m@gmail.com

“Confirmo: amo al género del cuento por encima de varias cosas. En él se encierra una anécdota que, más allá de ser la simple y llana relatoría de un hecho, es una representación ingeniosa de eso que llamamos “realidad”, que tiene el potencial de invitarnos a reflexionarla, cuestionarla y, al final, mirarla con otros ojos. Afirmo sin señas de arrepentimiento: un buen cuento puede transformar nuestra fe...”. Es éste el texto leído en la presentación del libro *Poquito porque es bendito. Antología de microcuentos y cuentos breves*, en el marco de la Feria Nacional del Libro de León, el 1 de mayo de 2013 (edición de la UIA León).

¹ Texto leído en la presentación del libro *Poquito porque es bendito. Antología de microcuentos y cuentos breves*, en la Feria Nacional del Libro de León, el 1 de mayo de 2013 (edición de la UIA León).

Yo confieso ante Dios todo poderoso y ante ustedes hermanos y hermanas que he pecado mucho en pensamiento, obra y omisión... Por mi culpa, por mi culpa, por mi grande culpa, me gusta el género del cuento y sus derivados, y hago del conocimiento de la cofradía aquí reunida, además, que he cometido el pecado gozoso de convertirlo en un elemento axial de mi fe en la literatura. Confieso, también, hermanos y hermanas, que guardo un profundo aprecio por esos profetas que se hacen llamar “cuentistas”, y que he experimentado gozos prolongados y supremos al posar mi atención en su obra. Sí, soy pecador y no tengo intención de enmendarme.

Apelo a la generosidad y complicidad de los presentes, y pido que nadie me retire la palabra o me remita a los tribunales del Santo Oficio. Y por si alguno de los hermanos y hermanas que están en esta sala aún, escandalizados por mis palabras, persiste con la idea de acusarme, antes de retirarse permítame explicar mis motivos... tal vez de esa manera logre postergar lo inevitable o, cuando menos, obtener una plegaria por la salvación de mi alma.

Confirmando: amo al género del cuento por encima de varias cosas. En él se encierra una anécdota que, más allá de ser la simple y llana relatoría de un hecho, es una representación ingeniosa de eso que llamamos “realidad”, que tiene el potencial de invitarnos a reflexionarla, cuestionarla y, al final, mirarla con otros ojos. Afirmo sin señas de arrepentimiento: un buen cuento puede transformar nuestra fe.

En el cuento hay un extracto de verdad divina que se resiste a agotarse en una risa o en una perspectiva uniforme y unidimensional. El cuento tiene la fuerza del Espíritu Santo, de las parábolas de Cristo, nuestro Señor: son historias del tamaño de una semilla de mostaza que son capaces de conmovir y mover montañas. ¡Alabado sea el Señor que nos dio en revelación al bendito género del cuento!

Por el cuento, Dios nos revela una parte nuestro destino en este mundo. En el cuento, la voz del creador nos sorprende, nos invita a la risa; como Adán y Eva en el Paraíso, nos renueva la capacidad de asombro y nos plantea el reto de nombrar las cosas y los hechos como si los viéramos por primera vez.

El cuento, para existir, necesita de un ingenio profético superior para concebirlo, estructurarlo, desarrollarlo y desentrañarlo. Edgar Allan Poe, el Gran Iluminado, afirmaba que el cuentista era, inclusive, superior al poeta porque, para construir un cuento se requiere de una estrategia de conformación de lo que llamó “unidad de efecto”, la cual debe ser única y singular, que, para existir, necesita de la habilidad de una persona capaz de incorporar la palabra precisa en el lugar adecuado, de manera que al final se haya generado: “una pintura que deja en la mente del contemplador un sentimiento de plena satisfacción”... Esta es palabra del Señor.

Estos son algunos de los principios que sustentan mi credo en el cuento. Por favor, que nadie de los y las presentes crea que, por hacer una apología del cuento y esta profesión de fe, esta pobre alma desprecie la palabra divina vuelta novela, poesía, teatro o ensayo. Por el contrario, disfruto mucho de lo que el jardín de las delicias de la literatura tiene que dar. Pero no puedo dejar de hallar en la humildad y la simpleza del cuento algo entrañable y más cercano a mis afectos y a mi fe.

Y ya que he hecho mi profesión de fe, presento ante ustedes una última confesión: he leído este libro titulado *Poquito porque es bendito*; me he aventurado a explorar sus recovecos, a perderme en sus páginas, y las he encontrado deliciosas, sugestivas, profundas y fascinantes por incisivas y proféticas. Esta bendita palabra es revelación que nos invita a revisar este cielo convulso en el que pareciera que Dios ha abandonado a su pueblo en el desierto; en el que parecería que nuestras mujeres y hombres de fe le han dado la espalda a la vida ejemplar para pecar y envejecer como nosotros. Sí, hermanos y hermanas: las historias que conforman este libro, más que confirmar una moral, más que erigir una verdad, son una invitación a la revisión de la moral y la verdad ya conocida. Y para muestra un botón: en “Cuahutémoc”, se lee: “Todo estaba perfectamente planeado: el aceite hirviendo, las brazas al rojo vivo, la quema de los pies, también un confesor. El tesoro de Moctezuma sería suyo; pero falló algo, se olvidaron de llevar un traductor”. Amén.

Este microcuento es la expresión de un alma torturada, de un profeta que ha decidido denunciar la doble moral encerrada en nuestro santoral nacional, y que, consumido por la luz del Evangelio ha reescrito un fragmento de nuestro pasado como pueblo elegido, y la ha transformado en una historia humana, desconcertante y no por ello menos compleja y paradójica. ¿Paulo César Verdín Padilla habrá querido decir que nuestro padre Cuauhtémoc es menos heroico solo porque fue víctima de un olvido? ¿O que nuestra historia nacional, nuestra fe en los mártires nacionales, la hemos construido a partir de verdades a medias o de malos entendidos? Que sea el Señor quien ilumine nuestras lecturas y nos permita ver la Verdad en todo su esplendor.

Si usted, creyente, cree que *Poquito porque es bendito* por ser un libro construido por ficciones “pequeñas”, “breves”, habrá de hallar historias inofensivas y simplemente divertidas, piénselo dos veces. Si cree que solo en la moral y en las verdades canónicas se halla la salvación, también piénselo dos veces. Haga oración y póngase en las manos del Señor antes de leer este libro; pida luz y humildad para adentrarse en estas palabras y lleve después esta fe a su vida y comparta estas revelaciones con sus prójimos.

Para finalizar, si entre los presentes se encuentra alguno de los autores de estos textos, solo me resta invitarlos a seguir ejerciendo su magisterio. Este mundo necesita de voces proféticas que nos ayuden a descubrir que la realidad es más compleja y dinámica de lo que a veces nuestros ministros en la fe y en las cosas de este mundo han querido enseñarnos.

Ahora pueden ir en paz a denunciar a este pobre pecador confeso.

(Dice el lector, mientras hace la señal de la cruz): Cristo nuestro Señor ha resucitado...

(Responde la cofradía presente): En verdad ha resucitado.

(Dicen todos los presentes): Amén.